MÍSTICA Y RAZÓN
Gracia y Libertad a partir de la doctrina espiritual de San Bernardo de Claraval

1.- Introducción

San Bernardo de Claraval se inspira en san Gregorio de Nisa y su doctrina de la *epéctasis*:
Se busca a Dios en el movimiento mismo del deseo, en una ascensión interminable.
¿Cuál es el límite para buscar a Dios? ¿Cuál es la medida del amor a Dios?
La respuesta es que no hay límite ni medida.
No es el hombre quien busca primero a Dios, sino éste quien busca primero al hombre. Si uno busca de verdad a Dios es porque de algún modo ha tenido cierta experiencia con él, ha sido hallado antes de hallarle.
Buscar a Dios es el mayor de los dones, el principio y fin de la vida espiritual.
Una vez establecido que la búsqueda de Dios es el principio y fin de la vida espiritual, Bernardo relaciona esto con la doctrina de la imagen de Dios en el hombre.

2.- La gracia y la libertad

En la mutua búsqueda de Dios al alma y del alma a Dios confluyen inseparablemente el deseo del alma y la gracia de Dios, o lo que es lo mismo, la libertad y la gracia.
La gracia sólo existe para una libertad, a la que se ofrece, y la libertad se aniquila fuera de la gracia.
La libertad es la dignidad suprema del hombre, el libre albedrío es la imagen y la huella de Dios en él, que no se pierde.

2.1.- Imagen y semejanza

Por su libertad el hombre es capaz de unirse a Dios, de elegirlo por sobre todos los bienes. Pero el pecado ha desviado el impulso hacia Dios de esta libertad, que se ha vuelto *deforme o desemejante.* Esto se explica distinguiendo tres niveles de la libertad.

1° El libre albedrío o libertad de elección
Es la facultad de consentir o no, de asentir o no. Si el ser humano la perdiera, desaparecería también su voluntad y dejaría de ser humano.
Este nivel de libre albedrío es propiamente la *imagen de Dios en el hombre*, la tienen todos los hombres, buenos y malos, y es tan plena en esta vida con en la otra.

2° La libertad de discernimiento
En el paraíso, el libra albedrío iba acompañado además de libertad de discernimiento, esto es, de una conciencia libre de oscuridad para discernir bien y mal, verdad y falsedad, lo que le permitía evitar el pecado.

3° La libertad de complacencia en el bien
También poseía libertad de complacencia, una voluntad entera que no necesitaba vencerse a sí misma para hacer el bien. Al estar libre de debilidad para la virtud estaba libre de la miseria en la que cayó después.

Por estas dos libertades, nuestros primeros padres tenían una voluntad buena, capaz de realizar el bien y hacer sin combate la voluntad divina.
Ellas eran las que constituían la *semejanza con Dios,* pues permitían al libre albedrío configurarse con él. Por su libertad de discernimiento se hacía semejante a la sabiduría divina y por su libertad de complacencia en el bien al poder divino.
A diferencia de la imagen, que no se pierde, la semejanza es dinámica, se puede adquirir o perder.

Estas libertades tienen dos grados: uno superior que corresponde sólo a Dios y uno inferior que corresponde al hombre.
El grado superior o divino de la libertad de discernimiento es la imposibilidad de pecar y el inferior la posibilidad de evitar el pecado.
El grado superior de la libertad de complacencia es la imposibilidad de turbarse y caer en la miseria, y el inferior la posibilidad de evitar la turbación, la contradicción y la miseria.

Cuando nuestros padres usaron mal su libertad, perdieron estas dos formas de libertad por las que era semejantes a Dios. A esta pérdida de semejanza se le llama *de-formación*, pérdida de la forma original de la libertad.

2.2.- El Libertador de la libertad
Caído a la deformidad por el mal uso voluntario de su libre albedrío, por el vicio de la voluntad, queda una *imagen* fea y deforme, un libre albedrío cautivo y esclavo de la pena del pecado.
Una vez perdida la gracia y deformada la imagen, solo la gracia podía ayudarles a orientar de nuevo su voluntad hacia el bien y hacerle recuperar de nuevo la forma y rectitud original, esto es, restaurarles en la semejanza.
En otras palabras, el libre albedrío necesita un *libertador:* Cristo, Sabiduría y Fuerza de Dios, para que o saque de la desemejanza en el que se halla hundido y lo devuelva a su forma original.

Escuchando e imitando a Cristo, el alma puede re-educarse y recuperar las libertadas de discernimiento y complacencia, para liberarse del pecado y de la miseria. Esto no se logrará en esta vida, mientras haya concupiscencia de la carne y por tanto la libertad absoluta sobre la miseria no es de esta vida.
El primer paso para entrar en este camino es la re-conversión de la voluntad al bien, para ello la gracia da el primer paso, se anticipa al libre albedrío y le ayuda a consentir. El libre albedrío se une a la gracia y colabora con ella, por tanto, consentir es salvarse.
Ni la gracia sola puede nada, pues Dios a nadie puede salvar contra su voluntad, ni el libre albedrío puede tampoco levantarse por sí mismo: Afirma Bernardo “Suprime el libre albedrío y no habrá nadie a quien salvar. Quita la gracia y no habrá nada con que salvar”.